



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid. { Un Mes..... 1 peseta.
 { Trimestre..... 2.50
 { Año..... 10

Nada de cientos ni miles
 del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
 que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
 tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 números, 2,50 ptas.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En provincias. { Un Trimestre..... 3 pesetas.
 { Semestre..... 6
 { Año..... 12

Más pan y más azadones
 que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
 de ministros de tres días.

Ve el QUIJOTE madrileño
 todo enemigo pequeño.

Núm. atrasado, 30 cts.

Número suelto, 15 céntimos.

ESTE PERIODICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

AÑO I

Director: J. OSORIO PÉREZ CASTAÑÓN

NÚM. 11.

¡FUERA!

Aquí había llegado á decirse, aun por los mismos enemigos de Cánovas, que éste era un hombre superiores y el único que reunía las dotes necesarias para dirigir un partido político y gobernar un país.

Se le tenía por un ser vigoroso, un carácter entero, una naturaleza organizada para el mando, y un pensador profundo. Sus adictos le reverenciaban y las señoras pertenecientes al partido conservador hubieran dado su alma al demonio por obtener una mirada de aquellos ojos bizcos, pero radiantes.

Cánovas era, en resumen, una de las figuras más salientes de la política española. El mismo Moret, que no acostumbra á respetar el talento ajeno, solía decirle á Aguilera en el seno de la confianza:

—Cánovas vale mucho. ¡Lástima que tenga aquella cara, que parece un higo seco! Si ese hombre hubiese venido al mundo con otra fisonomía más decente, quizá hubiera eclipsado mis dotes portentosas.

Pero de pronto, Cánovas comenzó á decaer visiblemente y á sentir una veneración profunda por D. Arsenio, y á asustarse de todo, hasta el punto de mirar debajo de la cama, por si estaba allí escondido Silvela para estrangularle. Todos los que rodeaban al presidente notaron su decadencia, y unos atribuían al amor, otros á la lectura continuada de las obras de Fabié, y otros al hígado, que lo tiene hinchado en forma de sombrero hongo.

Hoy D. Antonio es un costal de paja con sombrero de copa y negra levita. Los políticos se le rien en las barbas; sus compañeros de Gabinete le miran con profundo desdén, y el país grita con todas sus fuerzas: —¡Que se vaya! ¡Que se retire definitivamente! ¡Que se meta en un sarcófago!

No ha podido llegar á menos el antes vigoroso presidente del Consejo de Ministros. Otro que no tuviese su vanidad y su amor á la poltrona, ya nos hubiera abandonado para siempre después de decir:

«Señores: Me considero impotente para conjurar la tormenta que nos amenaza. Yo no soy nadie. Ayer quise pedirle cuentas de su conducta á Linares, que hizo una plancha monumental en las Cortes, discutiendo con el duque de Almodóvar, y él, por toda respuesta, me pegó con el puño cerrado en el cogote. He perdido el vigor intelectual y el vigor físico, tanto, que tienen que subirme á la cama entre Vallejo y Emilio Bravo, mis dos fieles domésticos. Yo me voy, antes de hundir definitivamente en el abismo á esta pobre España... Ahí queda eso.»

Pero el hombre no se va, y los cambios suben, y la deuda interior baja, y la industria perece, y el comercio agoniza, y la inmoralidad cunde, y hasta los elementos se conjuran contra el antes poderoso Cánovas del Castillo, produciendo hundimientos, inundaciones y toda clase de trastornos atmosféricos.

Ahora parece que se inicia un movimiento de hostilidad hacia D. Antonio, aun entre sus mismos partidarios. Todos convienen en que la decadencia del jefe es evidéntísima y en que hay que poner remedio á esta situación desesperada.

Dícese que hasta las altísimas regiones ha llegado la noticia de la decadencia de D. Antonio, y que la preocupación ha hecho presa en ciertos ánimos. Ya no se le recibe con el afecto de otras veces; ya no es aquel hombre superior, firmísima columna de las instituciones y garantía de los intereses nacionales. Ya no es más que un característico de juguete cómico en un acto y en prosa.

Y claro está, que en estas condiciones, no puede seguir dirigiendo la nave de la nación. ¿Qué hace hoy en presencia de los conflictos que nos cercan y nos empujan á la ruina? Lo único que hace es pasear por la Huerta, con las manos en los bolsillos, contemplando cómo crece la patata y cómo se desarrolla el repollo. Hasta allí no llegan los clamores del desventurado contribuyente, ni las quejas del industrial,

ni los lamentos del labrador, ni las protestas de todos los hombros honrados que se ven próximos á sucumbir víctimas de la ineptitud de los gobernantes y de la codicia de los agiotistas.

Estos días se habla con insistencia de la crisis, necesaria é inevitable, y hasta ha llegado á decirse que la regente llamaría á otros hombres para sustituir á los Cánovas, Conchas, Linares, y demás gente ordinaria; pero ya verán ustedes cómo D. Antonio no suelta la breva. Decadente y todo, guarda aún el vigor necesario para agarrarse á la poltrona, cerrando los ojos al infortunio y los oídos á las voces del país en masa, que le grita con toda la energía de su razón:

¡Abajo el Gobierno de Cánovas!

¡Fuera!

En consulta.

—¿Qué vas á hacer á tu chico?
 —Quiero darle una carrera.
 —¿Y cuál eliges?

—Cualquiera que le lleve pronto á rico.

—Entonces toma otra vía, otro rumbo, otro sendero, pues ninguno hace dinero con una carrera hoy día.

—¿Le quieres un potentado dispensador de mercedes? Hazle en seguida, si puedes, contratista del Estado.

Y como conozca un poco la ley del toma y del daca, y sepa lo que se saca echándose las de loco y sembrando por doquiera algo de lo que le sobre, sale el muchacho de pobre con la contrata primera.

—Pero es preciso luchar y hace falta algún talento, y el chico mío —yo siento tenerlo que confesar— es....

—¿Algo tonto? ¡Mejor!

Así no hay nada que hacer.

—¿No?

—Que se prepare á ser ministro conservador.

Mira á Concha y á Linares; han subido cual la espuma...

¿Y qué son los dos en suma?

Pues eso... y muy regulares.

—Tampoco resuelves nada ni me sacas del mal paso;

pues otros, los más acaso, quedaron en la estacada

Y si le toca á mi chico

esa suerte traicionera,

no logra comer siquiera,

cuanto más hacerse rico.

—¡Ah! ¿Te le quieres dejar

con la comida segura?

Entonces hazle...

—Sí; cura.

—¿Ni arzobispo?... Militar.

Lo de cura ya pasó

y el cura está á la que salta,

y busca lo que le falta

lo mismo que tú y que yo.

El militar es el amo

siempre adulado y temido,

pues no hay un solo partido

que no le ponga reclamo.

Si hace el uno cualquier día
 que la paga se le aumente,
 el otro llega al siguiente
 y le da más todavía.

Si el país está arruinado
 ¿qué importa? Allá el paisanaje
 que se esfuerce y que trabaje
 por sacarle de ese estado.

El á vivir y á ascender
 en la guerra por la guerra,
 y cuando hay paz en la tierra,
 porque así tiene que ser.

Nada; el chico, militar,
 que es lo único que promete
 un porvenir regular.

Una cosa ha de cuidar:
 librarse cuando cadete
 del general Jovellar.

Género bufo.

¡Después dicen que el género cómico está en la decadencia! ¿Que ha de estar?

Hay un senador, no sé si vitalicio, ni electivo, ni por derecho propio, que ameniza las tardes del Senado con monólogos divertidos, para los que está escribiendo música el niño de Valverde.

¡Llámasse Cuesta y Santiago, de Valladolid él, y jocoso él, aunque feo.

Antes le daba por hablar de granos y legumbres, en clase de proteccionista bufo, y era objeto de continuadas ovaciones. Ahora se dedica al género melodramático, y está resuelto, según dice, á combatir la producción extranjera renunciando á todos aquellos artículos que no estén fabricados en España. Por ejemplo, aquí no se fabrican los botones de hueso, y el hombre se compromete á sujetarse los calzoncillos con una guita. Además, piensa peinarse con los dedos, porque le han dicho que los peines vienen de Francia.

¡Oh! Si todos pensáramos como piensa este senador patriótico, otra sería la suerte de España.

Lo primero que haría el Sr. Cuesta y Santiago, caso de nombrarle ministro—que sí le nombrarán, porque de menos hizo Dios á Linares Rivas,—lo primero que iba á hacer era cerrar la frontera definitivamente, á fin de que nadie usara más productos que los nuestros, y á todo aquel que se casara con una francesa, le impondría una fuerte contribución ó se lo entregaría al brazo secular, para que le cortase ambas orejas.

El partido fusionista tiene en su seno un elemento notable, en la persona del Sr. Cuesta y Santiago, porque lo mismo puede servir para sacar á la Hacienda de su postración, como para representar sainetillos.

Conocemos bien á D. Práxedes. Este es hombre que aprovecha las aptitudes de sus correligionarios como ningún otro jefe de partido. El ha hecho ministro á González y Fernández (D. Venancio), á Capdepón (D. Trinitario), y á Gullón (D. Pío). De modo que Cuesta y Santiago llegará con el tiempo á ministro...

Y nos vamos á morir de risa con él.

LANZADAS

Un Sr. Arenales ha publicado un poema, que dedica á la reina regente, y del cual entresacamos las bellezas que van ustedes á leer:

«Cefiro, luz y color,
 todo lo tiene la dama
 que ostenta el timbre mejor
 de cuantos hay en España.»

DON QUIJOTE.



Ella = ¡De hambre y de frío estoy yerta! Economícen por mí!
El soldado = ¡Señora, largo de aquí! ¡Largo! A pedir a otra puerta.



Pueblo: ¡Que tormenta nos amaga! y para colmo de males
lloviendo están Generales que me exigen buena paga.



ESTO MUY PRONTO HA DE SER CAERA PARA NO VOLVER.



A ti te lo digo Sancho, entienda lo quien lo entienda.

Bien ha dicho un poeta, y si no lo ha dicho, ha debido decirlo:

El peor de los males
es tener que tratar con Arenales.

Balaguer ha dado una conferencia en el Ateneo sobre Colón, y anuncia una oda.

Era lo único que le faltaba al desgraciado genovés; que le cantara D. Víctor.

El Sr. España, diputado de la clase de provinciales, ha llamado ingratos a los periodistas.

¿Tenemos nosotros la culpa de no haber podido darle un bombo al Sr. España?

Con motivo del estreno *Realidad*, todo el partido de Sagasta asistió al teatro de la Comedia.

Y ha habido hombre que no sabía por donde se entraba a las butacas.

Alguno penetró resueltamente en el *cuartito* situado a la izquierda.

*Y es que el hombre para allí
cuando mejor va pensando.*

Aguilera persevera
en el literario trato.
Pero, señor, ¿quién creyera
que era también literato?

Dice un periódico fusionista:
«Es cierto que el Sr. Sagasta estuvo ayer en Palacio, pero fué a visitar al Sr. Oñate.»

¿Qué? ¿Ya no quiere Sagasta que se sepa que hace cierta clase de visitas?

¡Caramba! Temprano se incomoda.

Hasta el domingo no habrá consejo de ministros. Pero como si lo hubiera.

De todas suertes, ellos han de cobrar su sueldo... y no han de conjurar la tormenta que se les viene encima...

Mientras el pánico cunde
y el pesimismo circula,
y la gente de dinero
se lamenta y se enfurruña;
mientras la Bolsa desciende
y el cambio llega a la luna,
y unos se dan al demonio
y otros se muerden las uñas,
nuestro ministro de Hacienda
siente fatigas y angustia,
y para calmar los bronquios
toma la leche de burras.

Ya han cesado las lamentaciones de los filántropos de ocasión.

Quiero decir, que ya no se llevan las manos a la cabeza los moralistas, con motivo de las representaciones de la compañía infantil que actúa en la Zarzuela.

La gente acude a aplaudir a aquellos artistas liliptienses, dignos de ser admirados.

Como que en su mayoría son bastante mejor que algunos cómicos de esos que cobran diez duros diarios por «añillar» con acompañamiento de coristas *esgalichudas*.

¡Hombre! Vayan ustedes a la Zarzuela y verán si bienen salero aquellas criaturas.

Mientras el cambio sube,
la Bolsa baja.
Estas compensaciones
nos despanpanan.

El Gobierno aprueba en todas sus partes la conducta del gobernador de Zaragoza.

Choca, querido gobernador.
Probablemente te darán una cruz.
Y permite que te tutee.

De un periódico:

«La subcomisión que ha de dar dictamen sobre el presupuesto de Fomento, después de sostener una gran lucha con el ministro, ha acordado economizar unas 70.000 pesetas en la secretaría.»

Y el ministro sin dimitir; porque es lo que él dirá:
—Yo luché, pero cobro.

López Domínguez ha vuelto a Palacio.
¡Olé, por los dinásticos fervientes!

Por medio de la adhesión,
el anhelado turrón
busca el lopezdominguismo.
Esto y tocar el violón
todo viene a ser lo mismo.

El general López Domínguez teme que se establezcan desconfianzas entre el elemento militar y el elemento civil.

No tenga cuidado el general.
Porque empezamos por que no existen tales elementos.

No hay más que una nación que paga.
Y una infinidad de generales que cobran.

En *La Independencia Belga* se elogia mucho a Cánovas y al Gobierno que preside.

¡No faltaba más!
De alguna manera ha de justificar el sueldo Vallesjo Miranda.

En dos briosos trotones
van galopando a porfía,
dos husares de Pavía,
como dos exhalaciones.
Se asusta la capital
ante el ruido insustentado...
¡Y es que llevan un recado
del capitán general!

Se levanta en el Congreso el Sr. Vincenti, yerno del Sr. Montero Ríos, pues en seguida ¡pat!, se levanta el Sr. Calderón, yerno del Sr. Montero Ríos también.

Y viceversa.

Se conoce que reciben la lección juntos.

Acabaremos por llamarles los diputados siameses.

Hasta Becerra
da su opinión
sobre los males
de la nación.
El mejor día
vamos a ver
las opiniones
de Balaguer.

Al Sr. Linares Rivas le regalaron el otro día una botella de agua de azahar.

Y en cuanto vió la etiqueta se quedó petrificado.
—¡Virgen Santa!—exclamó—estoy peor de ortografía que D. Venancio.

Y en seguida escribió una carta a Cánovas en que le decía para deslumbrarle:

«—Reconozco que he llegado a ministro por un azahar de la suerte.»

Ya es Barbieri académico
de la Española;
y el público pregunta:
—¿Qué pito toca?

El Sr. Martín Sánchez—puede que sea Sánchez Martín—diputado él, ha dicho en el Congreso, que es justa la pena impuesta al alumno de Toledo.

¡Ah! Si se lo parece al Sr. Sánchez Martín—puede que sea Martín Sánchez—no hay que hablar.

Y a propósito:

¿Quién es ese señor?

Por hacer economías
el ministro de la Guerra,
va a admitir unos trescientos
alumnos en la Academia,
que en cuanto pase un bienio,
nos harán ver las estrellas.
¡Que San Pedro se lo premie,
si el país no se lo premia!

Aunque esa convocatoria se habrá hecho para complacer al general Jovellar.

¡Ahí es nada!

¡Trescientos muchachos sujetos al Código militar vigente!

Se estará relamiendo de gusto.

¡Será generoso
el señor Beránger!
Lo que no le sirva
en los arsenales,
va y nos lo regala
por vía de gajes...
¡Y es lo que por nuevo
le pagamos antes!

En Lara se va a estrenar una pieza titulada *Las obscuras golondrinas*.

¡Cielos!

¿Con la música de Casares?

Para la cuesta arriba
quiero mi burro,
que la Cuesta y Santiago
yo me la subo.

Supongamos que quisiéramos saber qué opina Martos de la situación política.

Pues se lo preguntariamos a Cuartero, que le confiesa todas las noches.

Pero no es cosa de molestar a este señor.

Porque, vamos a ver: ¿qué le importa a nadie lo que opine Martos?

UN LIBRO NUEVO

Ayer se puso a la venta una nueva obra del más ingenioso y chispeante de nuestros escritores festivos, de Luis Taboada; se titula *Siga la fiesta*.

En su elogio sólo diremos dos palabras: comprarla pronto; porque sino, se acaba, y os perdeis el único

lenitivo capaz de contrarrestar el fatal influjo de Cánovas, Cos y demás compañeros en chupar del presupuesto y arruinar a España.

Hortalizas y bichos.

Notable reformador
que se marcha y vuelve a entrar,
y para economizar
da un proyecto seductor,
desistiendo por temor
de caer en un escollo...
Pollo.

Vejete desventurado
que en Hacienda debió,
y mil veces dijo: «Yo
lo reconozco, he pecado;
mas Cánovas se ha empeñado,
y por eso no me deja...
Almeja.

Hacendista ¡vive Dios!
que tiene más de un registro,
pues nos resulta un ministro
partido por gula en dos,
a quien apellidan Cos,
y tiene en gracia un destino...
Pepino.

Generalato finchado
que a su superior alerra,
que quiere dejar la guerra
y obtener un obispado,
que nadie le ha disputado,
y por el que muestra celo...
Mochuelo.

Celeberrimo ingeniero
que ejerce a tontas y a locas,
ó hizo un túnel con tres bocas,
que en su clase fué el primero;
marqués de mucho dinero,
que está comiendo el turrón...
Escorpión.

Izquierdista adulterado
en las luchas poco diestro;
epidemia del maestro,
de la industria y del arado;
que de López separado
logró por fin la cartera...
Filoxera.

ESTAFETA

Sr. D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

Muy señor mío: Yo soy un infeliz abonado al teatro de la Comedia, y siento la necesidad de dirigirme a usted en su calidad de desfacedor de entuertos, para decirle lo siguiente (dos puntos):

La empresa del referido coliseo acaba de estrenar el drama, comedia ó lo que fuere, titulado *Realidad* (ó el *cabestro filosófico*) de D. Benito Pérez Galdós, y ha fijado el precio de las butacas en sesenta reales de vellón; (lo cual que se quedaron sin vender cuatro filas y media). A nosotros los abonados se nos privó de asistir al estreno, porque la función tenía el carácter de *extraordinaria*, y digo yo (otros dos puntos): ¿Le parece a usted bien que los que adelantan su dinero, como nosotros, tengán que soportar *El amigo Fritz*, *El cura de Longorai* y *El obstáculo* una noche y otra, para que llegue un estreno como el de Galdós, y se queden en la calle? Lo natural sería que como recompensa de nuestra abnegación y nuestra benignidad probadas (pues no hay Dios que vea dos veces ninguna de las obras referidas), se nos concediera el derecho de asistir a las funciones solemnes, como la del martes; pero no sucede así y podemos asegurar desde luego que nosotros estamos a las «duras» y nunca a las «maduras».

Y vuelvo a decir yo: ¿Qué razón hay para aumentar los precios cuando estrena Galdós? ¿Qué derecho tiene la empresa para avalorar el mérito de los autores? Estrena Pina, por ejemplo, y la butaca vale cuatro pesetas; estrena Echegaray, y suben dos ó tres; estrena Galdós, y nos hacen pagar quince. ¿Qué es esto? ¿Cree la empresa que Galdós vale más que el ilustre autor de *O locura ó santidad*? Pues aunque lo asegure Ferreras, no lo creemos.

Conste, Sr. D. Quijote, que los abonados de la Comedia estamos disgustadísimos, y no nos borraremos (porque somos unos infelices, aunque nos esté mal decirlo), pero guardaremos en el fondo del alma el resentimiento.

UN ABONADO.

Postdata.—Ayer en mi turno vi la comedia de Galdós, y no me gusta! Retiro lo que dije respecto al abuso de haber declarado *extraordinaria* la función de estreno. Ya sabía la empresa lo que se hacía.—Vale.